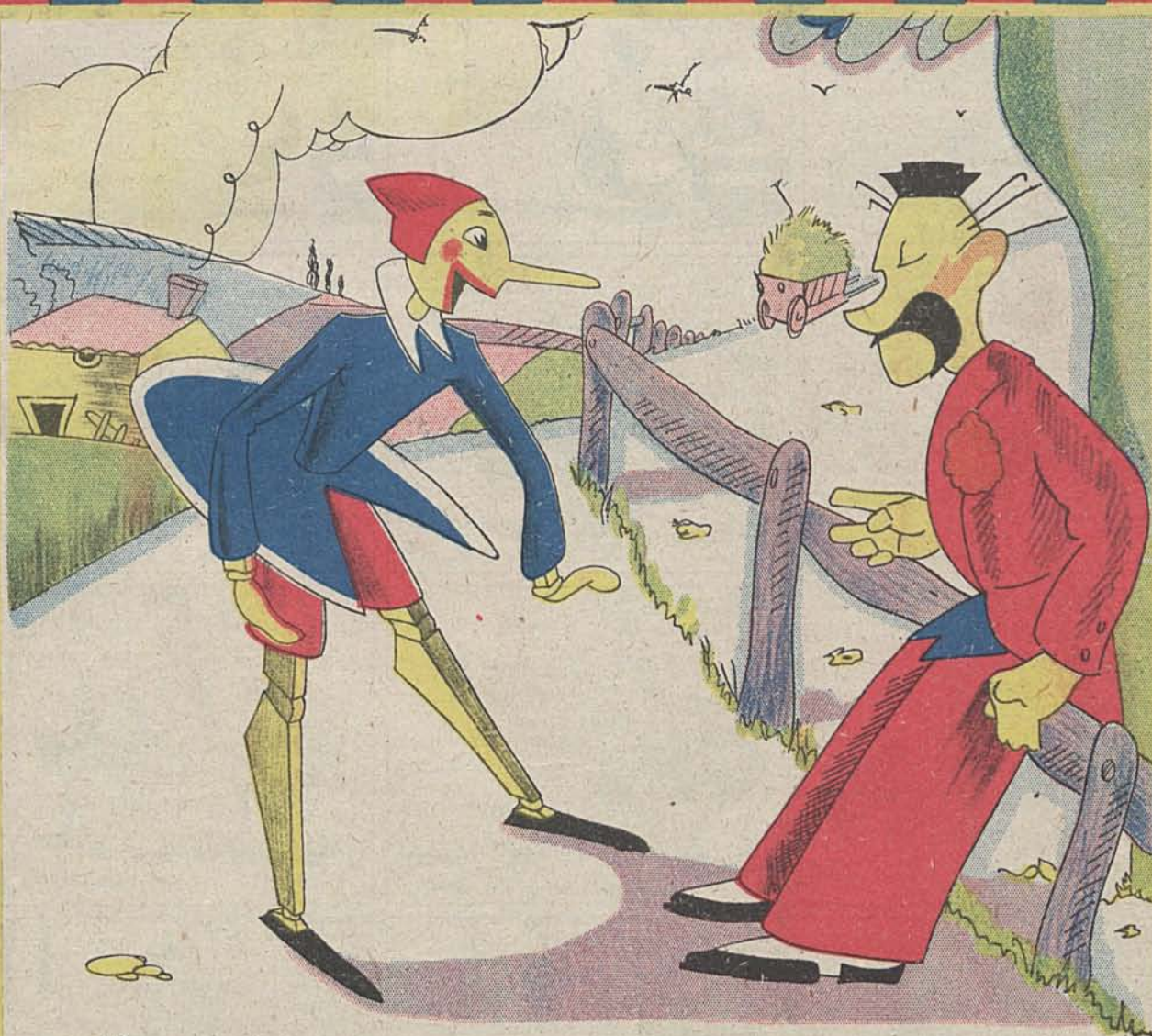


PINOCHO

AÑO VI
NUM. 266

25 cts

23. MARZO
1930



- ¿QUÉ? ¿DURMIÓ USTED BIEN ANOCHE, DON TURU?
- ¡QUIÁ! Y ESO QUE HICE LO QUE ME ACONSEJASTE; CONTÉ HASTA UN MILLÓN
- ¿Y NO LE ENTRÒ SUEÑO?
- ¡CUANDO TERMINÉ DE CONTAR ERA HORA DE LEVANTARME!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRIPCION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL PARALELO 28°17'

POR C. GIOVANELLA Y A.M. BARBIERI

(Continuación)

horas, pero sin alejarme demasiado de nuestro campamento; me ocupé de la cocina personalmente, y comí solo toda vez que nadie quiso tomar parte en la fiesta religiosa del infiel; y no me acosté antes de que mi reloj marcara la media noche del 26, naturalmente con arreglo a la hora de Bamó, pues, si mis cálculos no eran erróneos, a aquella hora debían de estar al caer en París las seis de la tarde del 25, y yo veía con la mente el salón del *Hotel Regina* y en él vosotros, reunidos para el acostumbrado banquete de Pascua, comentando mi telegrama y brindando por el seguro éxito de nuestra empresa. Enardecido por mi imaginación y por el deseo de participar también en algún modo de la alegría que debisteis experimentar al recibir la buena nueva, salí de mi tienda y disparé al aire todos los tiros de mi carabina; cosa que tuvo por efecto despertar a mis compañeros que dormían a pierna suelta desde hacía ya unas horas, y que, espantados, se pusieron en pie en averiguación de lo que había sucedido.

»No llegamos al término del viaje sino el 7 de enero. El poblado chino estaba ocupado militarmente y todos los habitantes vestían de blanco en señal de luto. Kien-tsing había muerto el 13 de diciembre.

»Encontré a Mandiguet en un prado, detrás de las casas, entretenido con algunos oficiales chinos en una partida de *lawn-tennis*. Tiró al verme la raqueta y se precipitó en mis brazos.

»—¡Ah! ¡por fin! Estas semanas me han parecido años...

»—Pues ¿y a mí? Pero ¿quién hubiera imaginado encontrarte aquí jugando al *tennis* con unos oficiales chinos?

»—¡Bah! Bromas que nos gasta el pícaro destino que se complace en emparejar las cosas más increíblemente heterogéneas. Pero, ven conmigo ¡Tenemos tantas cosas que decirnos!

»Y me condujo a su habitación en el *ya-men* de Kien-tsing.

»—¿De modo que...?—pregunté no bien estuvimos sentados uno frente a otro—. ¿Los tienes...?

»—¿El qué?

»—¡Los papeles!

»Mandiguet levantó en alto las manos como para significar: «¡Si supieras!» Y encendió un cigarrillo.

»—Ahora te contaré. Después de marchar Khang, el joven que te llevó mi carta, Kien-tsing, ¡Larouchy en suma! pareció un tanto aliviado. Pero la noche del 13 nos despertó a todos un gran estruendo de *gong*. El pobrecillo había sido atacado por una violentísima crisis de tos, y estaba moribundo. Antes de que apuntara el día, expiró. Las cosas se complicaban. Después de los funerales, que fueron solemnes y naturalmente conforme al rito chino, vinieron de King-Cheu algunos mandarines con ocasión del testamento. Yo, que estaba ojo avizor, solicité y obtuve hallarme presente a la lectura.

»Mandiguet sacó de su bolsillo una libreta, buscó determinada página y continuó.

»—El testamento, brevísimo, no se compone más que de dos cláusulas: Hélas aquí:

«Dejo a don Enrique D'Alimand, publicista, residente en París, y en su defecto al Procurador General de la República la carpeta sellada bajo el rótulo «Documentos D'Alimand», que se encuentra en mi caja de caudales».

»—¿Y la otra cláusula?

»—La otra dice:

«Dejo al Gobierno francés todo cuanto me pertenece, según lo que resulta de los títulos de propiedad y los libros de crédito, custodiados también en mi caja de caudales.

»Nombro mi ejecutor testamentario al banquero Nurak-Kandibar, residente en Calcuta».

»—¡Excelentes disposiciones, a fé mía!—comenté yo.

»—Un momento, querido. Antes de alegrarte, bebe hasta las heces el amargo cáliz... de la burocracia china.

»—¡Ahí ¿y por qué los obstáculos son suscitados por las autoridades del país...?

»—Obstáculos propiamente, no; pero en fin... ¡Pero déjame acabar!

»—Sigue pues.

»—El testamento aparecía escrito en francés, en inglés y también en chino, y puso en serio compromiso a los funcionarios procedentes de King-Cheu. Por fin se declararon incompetentes para adoptar una decisión cualquiera, y pidieron la intervención del gobernador de Cing-tu. El gobernador llegó al cabo de pocos días, con un numeroso séquito de mandarines de diversos grados, pero todos gordos como toneles. Naturalmente, yo volví a quedarme con la boca abierta.

»—¡Debes de haberte divertido!

»—¡Figúrate! A todos les he puesto en solfa, y he escrito un suelto de un humorismo irresistible para la *Presse*. Pienso mandar un ejemplar a cada uno de los mandarines... con la traducción china al lado.

»—¡Tú siempre de chungal

»—Todos esos funcionarios se reunieron en asamblea solemne, discutieron con animación durante medio día, y, por último, el gobernador falló que no podía permitirse a un gobierno extranjero entrar en posesión, como cualquier particular, de un territorio enclavado, como éste, en el corazón de la China, y que tal cuestión debía ser resuelta por el gobierno de Pekín. Ordenó en consecuencia que se abriera la caja

para hacer el inventario del contenido y que luego se transportara a la Capital. Y aquí viene lo mejor. Se buscaron las llaves por todas partes, pero sin resultado; nadie las había recibido en depósito, nadie las había visto. Entonces el gobernador hizo dismantelar el muro en torno de la caja y dispuso su traslado integral a Pekín. Al mismo tiempo hizo llamar al ejecutor testamentario, el banquero Nurak-Kandibar, de Calcuta.

»—Está ya aquí.

»—Está aquí?

»—Sí, ha venido conmigo. Deseaba ver una vez más a Larouchy.

»—¡Tanto mejor! Se ahorra tiempo...

»El transporte de la caja de caudales estaba señalado para el día siguiente. El gobernador había dispuesto que se cargara aquélla en uno de los juncos fondeados en el embarcadero, y que se descendiese en tal guisa el Yang-Tse-Kiang hasta Shang-hai para seguir después hasta Pekín a bordo de un vapor.

»Nurak-Kandibar, obligado por sus quehaceres a volver cuanto antes a Calcuta, delegó en un secretario suyo para representarle, y le dió facultades para tratar la adquisición del territorio en el caso de que el Gobierno francés lo pusiera en venta; y luego abandonó el poblado con todas sus huestes, la mañana del 8.

»Mandiguet y yo, en nuestra calidad de representantes de uno de los herederos, conseguimos que el gobernador nos permitiera embarcarnos en unión de la preciosa caja, con los tres mandarines, con la escolta que les acompañaba y con el delegado del ejecutor testamentario. Así hemos llegado a Shang-hai ayer noche, después de haber viajado cerca de diez días con los papeles que hemos venido a buscar desde millares de millas, y que hemos encontrado pero no podido ver todavía y aun estarán varias fechas ocultos en el inviolable seguro de la misteriosa caja de caudales.

»¿Y los adversarios...? ¡Desaparecidos! ¿Lo

(Continuará en el próximo número)



COLORÍN Y SU PANDILLA



REG. U.S. PAT. OFF. © 1939 CHICAGO TRIBUNE.

BRINER

PERDIDA EN LAS SOLIEDADES DEL AMAZONAS

por
E. Salgari

NINGUNA mujer del Antiguo ni del Nuevo Mundo ha dado mayores pruebas de audacia, de resolución y abnegación que la señora Godin de Odonais.

Los más grandes exploradores del continente americano quedan empuñecidos ante el valor indomable de esta dama que tuvo la constancia de ir sola y a pie, indefensa, sin víveres y casi sin guías al través de las inmensas selvas que separan el Perú de la cuenca del río más grande del mundo, el inmenso río Amazonas.

Quisiera hoy contaros la historia de esta dama por ser una de las más interesantes y al mismo tiempo de las más conmovedoras, digna por lo tanto de ser conocida entre nosotros.

La señora Godin pertenecía a una de las más ricas familias de Lima, la capital del Perú, y estaba casada con un ingeniero francés que había llegado a América incorporado a la expedición capitaneada por el célebre Condamine uno de los hombres de ciencia más ilustres de Francia en el pasado siglo.

Este ingeniero, de espíritu aventurero mas poco afortunado después de haber acometido varias empresas en las cuencas del Amazonas se vió al fin reducido casi a la indigencia y privado de medios en la Guyana francesa donde cayó gravemente enfermo.

Desesperando de poder regresar al Perú envió noticias a su esposa a fin de que viniese en su busca.

En aquella época no había medios fáciles de locomoción en el Amazonas y por lo tanto un viaje de esta índole era considerado como una verdadera locura. Era necesario hacer una travesía de varios miles de kilómetros por entre selvas vírgenes





infestadas de bestias feroces, de caimanes, de jaguares, serpientes venenosas y lo que era peor, de indios que tenían la pésima costumbre de poner en el asador o en las parrillas a las personas que caían en sus manos.

La señora Godin, dama sumamente enérgica y que profesaba un cariño entrañable hacia su marido decidió tentar su suerte. Las inmensas soledades del Amazonas y los mil peligros que le acechaban entre las selvas y los pantanos no la amedrentaban.

En los primeros días de junio de 1770 la heroica señora salió de Río Bamba, pequeña ciudad del Perú en la que habitaba, poniéndose en camino juntamente con sus dos hermanos, un médico, algunos criados que le eran muy fieles y el general Grandmaison que había decidido trasladarse con ella a la Guayana francesa.

Bien pronto se internó la caravana en las inmensas selvas que se extienden entre Perú y la Guayana, las cuales aun hoy día subsisten en tal estado sin que en sus márgenes haya ningún lugar habitado.

La señora Godin y sus acompañantes se sintieron perdidos en medio de aquel caos de vegetales gigantes, en medio de aquellas marañas de lianas que se entrelazan por todas partes y que circundan al viajero como una red interminable.

Ni un solo ser humano se veía en aquella enorme extensión de territorio. Sólo las fieras han tomado posesión de aquellos bosques y con sus gritos feroces asedian a la caravana durante toda la noche.

Los cuguardos y jaguares pululan y siguen de continuo a aquellos desgraciados esperando el momento propicio para lanzarse sobre ellos y devorarlos: los feroces caimanes les acechan escondidos entre los cañaverales de los pantanos y los ríos que serpean por aquellas temibles selvas.

A la señora Godin, sin embargo, nada de aquello le hacía desfallecer de su intento, animada con la esperanza

de volver a encontrar algún día a su querido esposo y alentaba a todos sus acompañantes.

Habiendo sido informada de que junto al Amazonas existían algunas aldeas de indios que al parecer no eran demasiado inhumanos se dirigió hacia el gigantesco río a marchas forzadas. Ya comenzaban a escasearles los viveres y algunos de sus compañeros padecían fiebres. Pero a la señora Godin nada le arredraba. Sólo en aquellas aldeas podían hallar la salvación: no debían detenerse por nada si querían huir de la muerte que les amenazaba.

Adelante pues, al través de selvas y de pantanos sin límite: adelante siempre sobre arenas movedizas que amenazaban engullirlos a todos de un momento a otro: adelante combatiendo alerta contra las fieras que les perseguían.

Cuando al fin llegaron a orillas del gran río una desastrosa desilusión esperaba a los desgraciados viajeros.

La viruela había hecho estragos entre aquellas miserables tribus indianas y en vez de los esperados socorros no hallan sino cabañas deshabitadas, y esqueletos en los que se cebaban las hormigas termitas.

La desesperación comenzaba a invadir el ánimo de los compañeros de la valerosa señora. Se veían

(Continuará en el próximo número).





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



¿PERO YA SE VA USTED? SI, SEÑOR, ME HA LLAMADO URGENTEMENTE DON ASDRUBAL PARA QUE LE ENSEÑE MÚSICA A SU NENE



¿PERO USTED SABE MÚSICA?

¡ANDA YA LO CREO! MI ABUELITA, LA POBRE NO SE MURIÓ HASTA QUE NOME ENSEÑÓ A TOCAR EN EL PIANO EL "NO ME MATES CON TOMATE"



LO QUE PASA ES QUE A MI NO ME GUSTA DARMER POSTIN. ANDAN POR AHÍ MUCHOS QUE SE VAN EL PRIMER POTE PORQUE TOCAN EL PIANO CON LAS DOS MANOS Y YO EN CAMBIO LO

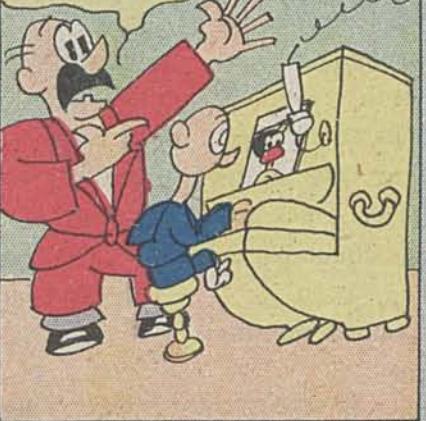
TOCO CON EL DEDO GORDO Y NO DIGO NADA



QUEDAMOS EN QUE USTED ENSEÑARÁ AL NENE A TOCAR EL PIANO EN TRES DÍAS SI, SEÑOR, PALABRA DE HONOR



MI SOL, MIMI, MI, LA, SI, SI, SI, JA, JA, JA



ESTOY DESESPERADO, CURRINCHE, A ESE NIÑO NO HAY QUIEN LE META LA MÚSICA EN LA CABEZA. NO SABE MÁS QUE COMER MERENGÜES Y DECIR RE-LA-MI-DO, RE-LA-MI-DO



SI ME LA PAGA USTED BIEN, LE DARÉ UNA IDEA COLOSAL QUE TENGO PARA SACARLO DEL APURO

TE DOY POR ELLA UN CUPRO-NIQUEL

ACEPTO, SI SEÑOR



HAY QUE VER LO BIEN QUE TOCA EL NENE. SI ESTUVIERA AQUÍ DON TURULO CONVIDARIAMOS A CHOCOLATE



MADRE ¿CÓMPREME UN NEGRO PARA BAILAR

¡AQUÍ ESTOY! ¡AQUÍ ESTOY!



¡Y YO TAMBIÉN!

**LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA**



DESCUEND



© 1938 by Newspaper Enterprise Service, Inc. - Copyright rights reserved.

PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



7-14 - PAY SULLIVAN

CUENTOS DE CALLEJA

EL CABALLERO DEL CISNE

Castilla



STABA Paquito con sus papás en el Teatro Real viendo la representación de una ópera, y como los artistas cantaban en italiano, el niño se aburría extraordinariamente de no comprender ni una palabra. Acabó la representación, y, al volver a casa, le dijo su papá:

—¿Te ha gustado la representación?

—No, señor, porque no he comprendido nada de los gritos y cantos de la función. Vi que salían hombres y mujeres, y que había estocadas y mandobles, pero ni sé a qué venían ni en qué paraban.

—Pues, oye, y te enterarás del argumento de la ópera que acabas de oír:

«Una vez había una Princesa llamada Elsa, la cual había sido desposeída de sus estados por cierto Príncipe usurpador y primo suyo, nombrado Rodolfo, que, sin reparar en nada, dijo delante del Emperador que Elsa era incapaz para regir sus territorios. Y como lo que decía estaba dispuesto a probarlo con las armas, no era cosa de que cualquiera se metiese a renditor; porque el tal Príncipe tenía unos terribles bigotazos y una fuerza capaz de poner miedo en cualquier pecho no muy esforzado.

»Elsa, la pobre, muy afligida de cuanto le pasaba, apeló en vano a los caballeros de la corte para que la defendieran de su primo Rodolfo. Todos dijeron que nones, haciéndose los disimulados para ocultar el miedo que tenían a aquel gigante. Entonces la Princesa pidió protección a Dios, que nunca la niega, y al momento ella y sus cortesanos vieron venir por el río un cisne que tiraba de una barca en la cual iba un caballero armado de punta en blanco. La sorpresa fué tremenda, porque no se ven todos los días cisnes de aquella catadura, y toda la corte, que estaba agrupada a la orilla del río, aguardó a que el caballero de la barca arribase y dijera a qué venía. Desembarcó el desconocido, y, en cuanto pisó tierra, dijo que

venía a defender a la Princesa contra el malandrín de su primo, y que, si el tal primo tenía valor de combatir con él, le daría algo que contar durante una temporada.

»El gigante cobró algún miedo al ver al Caballero del Cisne tan puesto en sus puntos y tan bravo; mas, porque no se dijera que se amilanaba, salió, espada en mano, a ver si todas aquellas bravatas eran de boquilla y todo quedaba en conversación.



»Tardó un rato en desenvainar la espada, diciendo a cada momento que iba a atravesar al Caballero del Cisne como si fuera de manteca.

»Vuélvete a tu barco—le decía—, y no te vengas con bromitas, porque a mí se me figura que la espada que traes es como la de Bernardo, que ni corta ni pincha.

»—Mira tú si corta—exclamó el caballero—, que me afeito con ella todos los días, y que parte un pelo en el aire; pero, además, está encantada, y, como te coja de lleno, te reviento. Conque menos conversación y más pelea.

»Al oír el Príncipe usurpador que la espada de su contrario cortaba más que una navaja barbera, se le puso la carne de gallina, diciendo para sus adentros:

»—Este tío me va hacer la barba.

»Sin embargo, empuñó un largo espadón y se dispuso a combatir como mejor pudiera, teniendo la esperanza de rebajar de un tajo a su adversario.

»Pero no fué así; porque a las primeras de cambio, y en cuanto cruzaron las espadas, el Caballero del Cisne aplicó al buen Rodolfo un cintarazo que le hizo ver las estrellas; y como la espada del caballero estaba encantada, y además el brazo con que la esgrimía era muy fuerte, el buen Príncipe rodó por el suelo sin que le valiera de nada su fortaleza.

»Elsa fué Proclamada Princesa de Brabante, y los caballeros de la corte felicitaron al vencedor, del cual decían que tenía la mano un poco dura para barbero. Además, fué cosa resuelta



que el valiente caballero se casara con la Princesa. Y aquí viene la dificultad. ¿Cómo se iba a casar Elsa con un caballero desconocido que se negaba a dar su nombre? Y a todo cuanto acerca de su origen se preguntaba al caballero, éste respondía que no se metieran en saber su nombre, porque había hecho promesa formal, es decir, poniéndose serio, de no revelarlo sino para marcharse.

»—Si Elsa quiere ser mi esposa sin saber cómo me llamo, bien; si no, me voy con viento fresco. Para tranquilidad de ustedes, básteles saber que soy un caballero muy decente. No debo nada a nadie, y me juego la vida a cara o cruz con el que salga.

»—Usted dispense, amigo—le dijeron—. Un hombre de su clase fué nacido para hacer lo que le dé la gana.

»Y, en efecto, a poco se celebraron las bodas de Elsa y el desconocido, sin duda por un nuevo sistema. El caballero dijo a Elsa muy en serio:

»—Que no se te ocurra nunca preguntarme quién soy, porque te dejaré abandonada al aire libre en cuanto me molestes.

»Elsa se resignó, ¡qué había de hacer la pobre!, y ofreció no preocuparse de un detalle tan insignificante para una esposa como el de ignorar el nombre de su marido. Y ahora viene lo trágico. Aquel Príncipe Rodolfo, que había sido tan malamente herido por el Caballero del Cisne, tenía una esposa y no sé cuántos hijos, y a la pobre le estaban doliendo los estacazos que su marido recibiera. Así fué que proyectó tomar de ellos una cumplida venganza. ¿Y va y qué hace? Pues en cuanto tiene un momento de lugar, después de limpiar la loza de su casa, se va a la de Elsa, con el fin de hacer que riña con el Caballero del Cisne. Para eso le dice:

»—Ten cuidado, hija mía, que, según me aseguran personas que están muy bien enteradas, tu marido es un golfo sin familia ni hogar que en Madrid dormía en los bancos del Prado por no tener dónde recogerse, y aun hay quien asegura que en sus ratos de ocio se entretiene en coger puntas de cigarros para hacer colección.



»Tan escamada se puso Elsa con tales advertencias, que aquella misma noche dijo a su esposo:

»—¡Vaya, esto no puede seguir así! Ahora mismo vas a decirme quién eres, o me enfado.

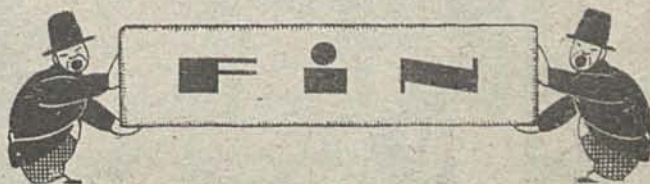
»Pero el que se enfadó fué el valiente caballero, el cual le dijo.

»—Por la boca muerre el pez, y por tu boca vas a perder la dicha. Voy a decirte quién soy, pero ten en cuenta que me largo inmediatamente como dos y dos son cuatro, porque yo debo estar encantado, y mi encanto me impide decir mi nombre sin tocar soleta. Pues verás; me llamo *Lohengrin*, y soy de una tierra desconocida. Un día, cierta voz misteriosa me hizo coger las armas y embarcarme en una lancha pescadora para venir a defenderte. Ese cisne, que es mi hermano por parte de padre, me sirvió de remolcador... y ahí tienes todo lo que sé de mi propia historia.

»Entonces apareció de nuevo el cisne con el barquito; Elsa se desmayó y se arrepintió de su curiosidad; pero *Lohengrin* desapareció entre la niebla del río, abrigándose con su capa por temor a un reuma o a un catarro gripal.

El público le ve alejarse con sorpresa, haciendo comentarios acerca de cómo mueve el cisne la colita, y con esto queda terminada la obra.»

Ese es el asunto de la ópera de Wagner, llamada *Lohengrin*, que algunos de vosotros habréis oído; pero lo que de fijo no sabéis es de dónde tomó el gran músico alemán Wagner el argumento; pues sencillamente de un libro español escrito en 1280 por el rey Alfonso X, *el Sabio*, en donde se cuenta la historia del Caballero del Cisne.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



Dime, curioso Chonón ¿de qué quieres que hablemos hoy?

- De ilusionismo
- ¿Nada menos que de ilusionismo?
- Nada menos.

-Bueno, explícatelo porque el tema que me propones es muy amplio y hay muchísimo qué hablar de él.

-Te diré, mi querido buho. Acabo de ver una curiosa fotografía de un fakir que aparece echado sobre una tabla erizada de agudas cuchillas y yo creo que eso está dentro del ilusionismo ¿no te parece?

-No andas descaminado, Chononcito. En ese espectáculo, entra por mucho la ilusión. Claro que no tanto como en esos juegos de prestidigitación en los que todo es habilidad por parte del artista e ilusionismo por parte del espectador. En este truco de los fakires es mayor la habilidad que el ilusionismo.

-Pues hálame de esos espeluznantes experimentos que realizan los fakires porque esos son los que más atraen mi atención.

-Uno de los más sensacionales espectáculos que proporcionan los fakires es el de la plancha con cuchillos o clavos. El fakir se echa, desnudo sobre esta plancha completamente erizada de agudas puntas de acero.

-¿Y dices que esto es un truco?

-Realmente no lo hay, pero el experimento no ofrece tampoco los terribles peligros que a simple vista creemos que existen. Los espectadores no se explican generalmente, cómo el peso del cuerpo del fakir no hace que todas esas puntas se le claven y lo agujereen como una criba.

-Exacto. Esa explicación es la que yo necesito y supongo que tú me la darás.

-Hay una simple ley física que es la que permite que el experimento se realice sin el menor peligro. Supongamos que el fakir pesa setenta y cinco kilos, ¿sobre cuántos clavos descansará su cuerpo?

-Exactamente no lo sé, porque no los he contado. Desde luego son muchos. Creo que pasarán de cien.

-¿Ya lo creo! Lo menos serán doscientos. Pero vamos a suponer que no son más que ciento cincuenta. Es cierto que sobre todos los clavos gravita un peso de setenta y cinco kilos, pero este peso está distribuido sobre todos los clavos ¿y qué cantidad de dicho peso corresponde a cada clavo?

-Así de memoria no puedo decírtelo. Déjame que eche mis cuentas con lápiz y papel.

-No hace falta. Yo te lo diré sin necesidad de más cálculos. A lo más corresponden unos quinientos gramos para cada clavo.

-Bien ¿y qué quieres decir con eso?

-Que si tu apoyas la mano sobre un clavo o punta de cuchillo y haces una presión equivalente a quinientos gramos de peso verás que la molestia que esto proporciona es perfectamente tolerable.

-Pero es que quinientos gramos no son setenta y cinco kilos.

-Por esto te he dicho que ese peso de setenta y cinco kilos está distribuido entre ciento cincuenta clavos. ¿O es que tú crees que todo el peso gravita sobre un solo clavo? Porque en tal caso el clavo penetraría hasta su base y eso sí que no hay fakir que pueda resistirlo.

-Tienes razón, amigo buho.

-El experimento resulta mucho más fácil de ejecutar a un individuo ya práctico en él, sobre todo si ha tenido antes la precaución de bañarse bien la piel en alumbre. Además, también influye mucho la habilidad de acostarse sobre los clavos bien estirado para que la piel se ponga muy tersa.

-Oye, amigo buho ¿y si en vez de clavos se colocasen sobre la plancha cuchillas tan afiladas como las de afeitar?

-El experimento es exactamente el mismo, Chonón. ¿No has visto nunca a los barberos probar el corte de las navajas? Apoyan el dedo sobre el filo o pasan éste con alguna presión sobre la parte más carnosa de la mano. Pero empujan lo suficiente nada más para no cortarse. Pues lo mismo hace el fakir cuando se echa sobre la tabla de sus experiencias. Coloca primeramente y con mucha suavidad un pie, previamente bañado en alumbre para endurecer la piel, luego el otro con la misma suavidad, después la pierna y así, poco a poco, hasta colocar todo el cuerpo. La habilidad consiste en saber graduar la presión, a medida que nuevas partes del cuerpo van descansando sobre el filo de las cuchillas o sobre las puntas de los clavos.

-De todas formas yo creo que el experimento es arriesgado.

-Desde luego hace falta, como te digo, una gran habilidad y ésta se adquiere a fuerza de pruebas en las que, como es natural, el que las efectúa tiene que sufrir las consecuencias de su falta de práctica.

Otro experimento muy curioso es uno que he visto yo realizar en una feria con gran asombro y no menos regocijo de los espectadores.

-Cuenta, cuenta buho.

Yo he visto en una feria a un hombre, que no era un fakir, sino un des-
aprensivo, partiendo nueces con un martillo sobre la cabeza de una mujer.

-¿Y no le hacía daño?

-Absolutamente ninguno.

-¿Y a qué atribuyes tú esto?

-A la ley de inercia. Todo consiste en tener habilidad para dar sobre la nuez golpes secos y violentos. Otros parten piedras sobre el vientre de otra persona, pero ya puedes comprender que el caso es el mismo.

-Seguramente que tú, mi sabio buho, sabrás otros curiosos casos de ilusionismo ¿verdad?

-Muchísimos, pero todos, todos, no podré referirte los porque necesitaríamos mucho tiempo. Te citaré también el de los enterramientos vivos. Hay algunos fakires, y otros señores que no lo son, que se encierran en un féretro, y se hacen enterrar durante media hora o a veces durante más tiempo, bajo una capa de tierra de uno o dos metros de espesor.

-¿Y no mueren asfixiados?

-Si muriesen ya comprenderías que no habría quien repitiese el experimento. Efectúan este espectáculo tan sensacional para el público sin sentir la menor molestia ni correr riesgo alguno.

-Expícatelo, querido buho.

-Hay un cuerpo llamado oxylito que tiene la propiedad de despedir gran cantidad de oxígeno cuando se le pone en contacto con el agua. Pues bien, al fakir le basta con llevar escondido a su enterramiento un trozo de oxylito y un botellín de agua. Cuando el fakir nota que el aire comienza a enrarecerse echa agua sobre el oxylito y el aire se enriquece con la cantidad de oxígeno suficiente para que el fakir pueda respirar sin dificultad.

-¿Y qué me dices de esas señoras que aparentando estar dormidas en el escenario adivinan nombres y números que los espectadores del teatro dicen al oído de un señor, que por regla general se titula el profesor tal o el doctor cual?

-Esas adivinaciones de pensamiento son todavía más truculentas que todos los experimentos de que hemos hablado. Voy a explicarte cómo se hace un numerito de esta supuesta adivinación de pensamiento y verás que todo ello es un truco.

Supongamos a la señorita Eloisa colocada en el escenario y sentada en una silla con los ojos vendados. Su compañero, el profesor Caparadosi, recorre el pasillo central de butacas, se detiene delante de un espectador cualquiera y le pregunta:

¿Quiere usted decirme al oído cuál es el nombre de usted?

-El interrogado le dice al oído: Me llamo Aniceto.

-¿Aniceto, dice usted?

-Sí, señor.

Señorita Eloisa ¿quiere decirme cómo se llama este señor con quien estoy hablando?

-Una voz sepulcral responde: Don Aniceto. Los espectadores se quedan asombrados de esta sorprendente facultad de la señorita Eloisa. Pero lo que en realidad ocurre es que bajo la venda que tapa sus ojos y pasa por encima de sus oídos hay unos minúsculos auriculares unidos por un hilo telefónico a una larga cinta metálica que corre a todo lo largo del pasillo central de butacas, disimuladamente colocada, desde luego. Las suelas de las botas del señor Caparadosi llevan asimismo unas laminillas también de metal para hacer contacto con la cinta colocada en el suelo y, por último, bajo la pechera de su camisa hay un sensible y pequeño micrófono unido a las suelas de sus botas por un hilo que va oculto bajo su traje. Todo cuanto el señor Caparadosi hable, aunque sea en voz muy baja, lo oye la señorita Eloisa, que al fin y al cabo está unida a él por un circuito telefónico. Y esto es todo, Chononcito. Ilusión, ilusión, ilusión.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE MARZO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Un castillo.—Santiago Cebrián



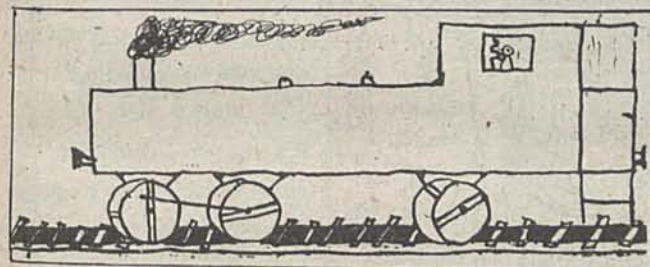
Don Turulato
Gonzalo Páez



Don Turulato
Salvador Pérez



Indio.—E. López Jordán



Locomotora.—Manuel Bada



Un buen explorador
Pedro Rodríguez



Gente conocida
V. Murillo



Vizcaino del siglo XVI
C. Somoza



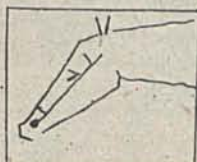
Fredi
J. Ruiz



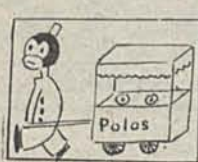
Rosarillo
Inés Jaraquemada



Un salvaje
Miguel Rodríguez



Cabeza de caballo
L. Fernández



¿Quién quiere polos?
Rosa L. Ayala



Esta es mi prima
Basilio Vázquez



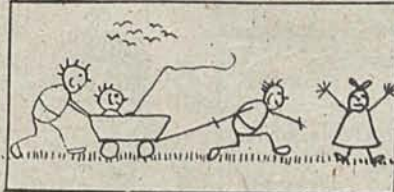
El sabio bicho
M. Piquero



Un caballo
María Barroso



Un tranvía.—Titi P. Ros.



Arre caballo.—Ester Font



Un cow-boy llamado
Muytrés
Pedro R.



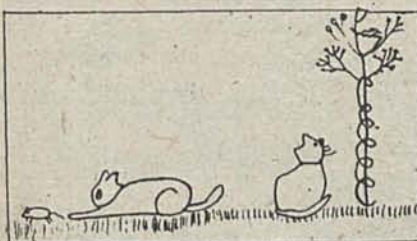
Un cazador en aceite
Miguel Rodríguez



Mi amiga
C. Camisón



Un señor feudal
Javier Fernández



De caza.—Ester Font



Don Turulato acróbata
Eduardo Acuña



Azpiri
María Barroso



Mi gato y mi novia. Rodrigo Rodríguez



CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE MARZO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LAS TRES FOCAS



Parece mentira que entre tanto animalito se puedan esconder tres animales más y, sin embargo, así sucede.

Tres relucientes y rollizas focas andan haciendo rabiar a la ilustre reunión que véis en el dibujo.

A primera vista no se las ve, pero, despacito y con paciencia, creo yo que no será difícil dar con el escondite de las tres bromistas y, por lo tanto, con ellas.

DIBUJO CON ERRORES

EL SASTRE PENSATIVO



¡Y tan pensativo! ¡Como que quiere hacer un cuadrado del trozo de tela que véis en el dibujo, dando los menos cortes posibles. Básteos saber que lo consiguió con solo dos cortes* y combinando después los pedazos resultantes.

¿Cuántos y cuáles son los errores que advertís en este dibujo, amables pinochistas?



ANITA

BUEN-CORAZON



Sección Pirula



Charlas de Pirula...
decoradora

EL ABRIGO Y LAS CORTINAS

A Conchita le ha gustado mucho—y a vosotras ¿no?—el

cuento del «hada de la nieve y el gorrito de Mariluz» que os acabé de contar el domingo último.

Y Conchita—que tiene la excelente condición de estar siempre satisfecha con lo que posee y de no envidiar nunca lo ajeno, con lo cual será siempre muy feliz—declara: «Ni el



gorro que la mamá de Mariluz le compra al final del cuento, ni el mismísimo gorro que el hada Friolina pudiera haberle hilado con copos de nieve en su rueca de marfil, me gustarían tanto como el que yo he estado luciendo estos últimos meses y que hace juego con mi abrigo de invierno.»

Y en verdad que tiene razón; es precioso este juego de gorro y abrigo de terciopelo de lana verde almendra, adornado con piel de conejo blanco, que Conchita lleva cuando va de paseo al Retiro o a la Castellana o cuando va a ese divertidísimo Teatro Guíñol que hay ahora en Madrid que lleva el nombre de nuestro héroe, el gran Pinocho, y en el cual aparecen, además del propio Pinocho en carne y hueso—quiere decir en trapo y cartón—su rival Chapete, y el valeroso Pipo y su simpática perrita Pipa, y otros muchos héroes gloriosos de esos que tanto nos entusiasman a todos.

Ahora está terminando la temporada de frío; hasta el año que viene, Conchita no tendrá ya ocasión de lucir su precioso abrigo verde. Y el año que viene... tampoco; el abrigo se habrá quedado corto—¡hay que ver la prisa que se dan en crecer todas mis Pirulindas!—el gorrito estará quizá pasado de moda; la piel está algo pelona...

Sin duda mamá que es muy económica, teñirá la tela verde en un color «sufrido», que será marrón oscuro, o gris, granate o azul marino; sustituirá la piel con una lanilla escocesa; utilizará también esta lanilla para «largar el abrigo y lo dejará para diario, para ir a clase, o para los días de lluvia.

¿Y la piel? ¿Qué va a ser de esa piel de conejo blanca, suave, tibia, que adorna el gorro, y el cuello, los puños y el bajo del abrigo?

¿Se utilizará la misma piel para adornar el nuevo abrigo «de

vestir» del año que viene? ¡Ah, no!; un abrigo adornado con piel de conejo blanco, está bien; pero dos abrigos sucesivos adornados igualmente con piel de conejo blanco... está menos bien.

El nuevo abrigo irá sin duda adornado con piel de la llamada «castoril» o de cabrita, o de cualquier otro animal de esos de segunda categoría ya que mamá, con muy buen acuerdo, no gusta de emplear pieles de lujo, de elevado precio, para una «señorita» tan «joven» como es Conchita.

En cuanto a la piel de conejo, blanca, que está ya la pobre algo peloncilla, aquí interviene Pirula para encontrar uno de los mejores empleos que se le puedan dar.

Consiste en dividirla en tiras estrechas y utilizarla para bordear las cortinas de la alcoba, sean de pana o de seda, de tul o de gruesa malla, o de cualquier otro género, siempre que no sea alguna cretona estampada, porque entonces la piel no pegaría ni con cola.

(Y conste que nadie piensa en pegar la piel con cola, sino, como es natural, con hilo).

Si no se tiene piel de conejo blanco, se puede poner cualquiera otra con tal de que sea blanca, puesto que se trata de una alcoba infantil; y mejor aun que ninguna piel, sirve para el caso la pluma de cisne o de marabú que se vende ya en tiras estrechas y a precios relativamente módicos.

Este borde de piel o de pluma en las cortinas, le da a la alcoba un aspecto tibio y mullido tan agradable que hasta parece que hace en ella un poco más de calor.

